



Los hermanos
Tusquets, en
1945, en Rambla
Cataluña.
Esther tenía
entonces 9 años;
Oscar, 4.

ESTHER

BARCELONA,
1936. ESCRITORA
Y EDITORA.

“Éramos diferentes,
teníamos aficiones
opuestas, no nos
gustábamos
demasiado
el uno al otro”

OSCAR

BARCELONA,
1941.
ARQUITECTO.

“Siempre fui
consciente de que
mamá me mimaba
mucho más a mí
que a ti. Con papá
era a la inversa”

LIBRO TESTIMONIO A CUATRO MANOS

TUSQUETS *contra* TUSQUETS

La hermana mayor, **Esther**, es escritora; el hermano pequeño, **Oscar**, arquitecto. Crecieron cada uno a su *manera* en la misma familia de derechas de Barcelona. Ahora confrontan recuerdos en *Tiempos que fueron*, un intercambio de e-mails atrevidamente sincero.

Cuando papá me invitó a viajar a Roma, me impuso tres condiciones: sacar buenas notas, dejar de mordirme las uñas y no pelearme contigo. Éramos diferentes, teníamos aficiones opuestas, no nos gustábamos demasiado el uno al otro (en tu intervención en el homenaje que me hicieron en la Asociación de Escritores fuiste más tajante: "Yo odiaba a mi hermana") y andábamos a menudo a la greña [...].

Como más arriba has hecho referencia a mi intervención en tu homenaje, y muy poca gente pudo oírlo, no me parece mal reproducirla aquí: "Como es natural, de niño yo no podía ver a mi hermana. Era la mayor, nos llevamos cinco años, y, aunque siempre tuve conciencia de que mi madre me mimaba mucho más, Esther me tenía dominado. En una ocasión, siendo yo un bebé, la vecina que nos acogió cuando, excepcionalmente, no estaba el servicio en casa, propuso a Esther comprarle al hermanito, o sea a mí. Inmediatamente y sin el menor asomo de duda, la malvada aceptó. El problema se planteó cuando, al regresar mis padres, la vecina, prolongando la broma, devolvió a la niña pero no al niño, y Esther -espero que en uno de los momentos más duros de su vida- tuvo que confesar que me había vendido por un duro [...]."

Voy a volver a la dichosa historia de tu venta. Siempre se ha dicho en casa que, casi de recién nacido, te vendí por un duro, y yo no he protestado, aunque recuerdo muy bien que no ocurrió exactamente así. En todas las familias hay anécdotas de ese tipo, que se repiten una y otra vez, y juraría que esta fue propagada por tía Sara, el hada mala de mi infancia, que la encontraba muy divertida. Fue así. Yo tenía una de mis anginas con mucha fiebre, de modo que no fui al colegio y me trasladaron a la habitación de mis padres. Ellos no estaban, y las personas de servicio iniciaron la broma. Unos vecinos (me parece que no habían tenido hijos) pretendían comprarte, me dijeron. Ofrecían un duro. Yo estuve de acuerdo, y solo un rato más tarde se me ocurrió que cuando volvieran mis padres podían enfadarse, ilos mayores eran tan raros! Supongo que me asusté un poco. Pero no ocurrió nada. No me riñeron en absoluto y dejaron muy claro que había sido solo una broma, bastante tonta además.

La anécdota es muy jugosa, es una pena que la desmitifiques.

Otra cuestión que no recuerdo de la misma forma que lo haces tú en tus libros es nuestro nivel económico. Evidentemente, vivíamos muy por encima del nivel del común de los barceloneses. Si me comparaba con mis condiscípulos de Llotja el abismo era enorme; si lo hacía con los de la Deutsche Schule, el nivel era parecido; pero si lo hacía con algunos de los amigos del Tennis Barcelona -los Godó, los Sentmenat, los Basso, los Loewe- nuestro nivel era francamente inferior. En tus libros aparecemos rodeados de lujos: chicas de servicio, palco en el Liceo, joyas y pieles de mamá, tú recibiendo clases de ballet y equitación (muy mal, por cierto, una pena con lo que te gustan los animales), cruceros... Sin embargo, yo recuerdo bastante austeridad: ni una fiesta con amigos de nuestros padres en casa, ni una botella de alcohol, un frío tremendo en el piso, pan negro que incluso se dejaba secar en un cajón maloliente para no sé qué extraños reciclajes. Tú no recuerdas haber comido pan negro de racionamiento, yo, que tengo cinco años menos, recuerdo perfectamente la cartilla de racionamiento [...].

No, no éramos ni remotamente "opulentos" si nos comparamos con algunas familias del Tennis Barcelona o del Golf del Prat. Pero los "lujos" de los que hablo en mis libros y que tú nombras -chicas de servicio, palco en el Liceo (no de propiedad, cierto), joyas y pieles de mamá, cruceros, mis clases de ballet y equitación-, ¿no son todos ciertos? No

ESTHER: "LLEGUÉ A LOS 40 AÑOS CONVENCIDA DE QUE MAMÁ Y TÚ SENTÍAIS EL UNO POR EL OTRO UNA ADORACIÓN RECÍPROCA Y TOTAL"

OSCAR: "REALMENTE, ESTUVE ENAMORADO DE MAMÁ, INCLUSO SEXUALMENTE. DURANTE MUCHÍSIMOS AÑOS SOÑÉ QUE ME ACOSTABA CON ELLA"

había fiestas ni cenas porque a mamá le daba pereza, no había alcohol porque no les gustaba y eran en ciertos aspectos unos puritanos. Pasábamos frío -en esto nuestros recuerdos coinciden- y durante largas temporadas -dependía de la cocinera de turno- comíamos muy mal. El único punto en el que no coincidimos es en el pan negro, que no recuerdo haber comido en casa jamás, aunque sí en el colegio.

Pero lo fundamental no es el nivel de opulencia real o no real. Lo importante para mí es que, desde muy niña, me sentí incómoda por considerarme -con razón o sin ella- rica. Incómoda y avergonzada y culpable. Desde muy niña hasta hoy, nunca he entendido por qué determinadas cosas eran mías, cuando ni siquiera me las había ganado. No he elegido nunca mis amistades, ni mis parejas, entre los asiduos de los clubes elegantes (aunque nuestros padres fueran socios), no he hecho nunca lo que como burguesa me correspondía, mi pijaería es nula, no realizo el menor esfuerzo por vestirme bien (aunque pude tener en mamá, y la habría hecho feliz, una excelente maestra). No pretendo (y lo más probable es que tampoco lo consiguiera) emular a las muchachas (muchachas siempre, aunque rebasen la cincuentena) que consideras imprescindibles en cualquier tipo de reunión: "Guapas, divertidas y que sepan bailar", como estableciste para la gran fiesta de tu cincuenta aniversario.

Tal vez no lo creas, pero algo tiene que ver mi reciente cambio de piso con lo harta que me tenía ser "una señora del Paseo de la Bonanova".

Bueno, me temo que somos diferentes. A ti te incomodaba ser "una señora del Paseo de la Bonanova", a mí no me importaría parecer "un señor de Belgravia". La lista de la ¿gran? fiesta de mi cincuenta aniversario no la hice yo, era una de estas fracasadas "fiestas sorpresa", pero seguramente no te habría incluido. Y no lo habría hecho porque estaba, y estoy, convencido de que te habrías aburrido. A ti no te gusta bailar, beber, colocarte con alguna ayuda química, la frívola gente guapa; te gusta conversar con gente inteligente sobre temas serios hasta altas horas de la madrugada. No es que esto me disguste, pero no consigo desengancharme de vicios más rastroso: rodearme de gente joven, guapa y a veces frívola (como le pasaba a Dalí, una amistad que nunca viste con buenos ojos). No me he sentido jamás incómodo, avergonzado ni culpable por tener amigos ricos (si tenían otros atractivos) ni por disfrutar de algo de dinero (ni siquiera cuando lo tuve).

Ahora que lo pienso, ¿no te parece muy extraño que tú y yo no hayamos hablado nunca en serio de casi nada, ni siquiera de nuestros padres? Llegué, por ejemplo, a los cuarenta años convencida de que mamá y tú sentíais el uno por el otro una adoración recíproca y total (nunca habías dado muestras de lo contrario), y quedé de piedra al ver que dedicabas tu primer libro a papá [...].

Es evidente que quise mucho a mamá y que ella determinó radicalmente mi carácter, tanto para lo bueno como para lo malo. Quiero decir que heredé o aprendí de ella algo de talento artístico, de habilidad manual, cierto don de gentes, un desparpajo e incorrección política que casen en gracia en una reunión social, pero también cierto clasicismo estético, el desprecio por la gente fea y gorda, el vicio de interrumpir, de hablar en un tono de voz invasor, de pretender ser el centro de todas las reuniones... [...] Realmente, estuve enamorado de mamá, incluso sexualmente. Ni siquiera puedo decir que se tratase de un complejo de Edipo, ya que durante muchísimos años soñé que me acostaba con ella y al despertar no sentía el mínimo remordimiento. Y no me digas que es natural que así fuese, que no es lo mismo que si hubiese ocurrido realmente, porque en varias ocasiones he soñado que me acostaba con una persona inimaginable y al volver-

me a topar con ella me he sentido muy incómodo, como si la otra persona estuviese al tanto del, a veces, improbable polvo. Y amigos y amigas me han confesado haber vivido la misma experiencia. De niño, mamá me parecía la más bella y la más sexy del mundo. [...] Siempre fui consciente de que mamá me mimaba mucho más a mí que a ti, de la misma forma que me parecía, y me sigue pareciendo, que en el caso de papá era a la inversa, aunque en menor proporción.

Realmente somos y fuimos diferentes. El trauma de la confesión o de vivir en pecado, si se dio, me duró muy poco: hasta que comencé a masturbarme. [...] Tras confesar por segunda vez que me había masturbado, y comprender que la confesión no valía de nada sin sincera voluntad de enmienda, decidí no volver a tocar el tema (quiero decir en confesión, ya que estaba firmemente decidido a volver a tocarme, aunque me arriesgase a quedar ciego, riesgo que hacía aún más tentadora la experiencia). A partir de entonces, por mucho que insistiese el confesor, aseguraba que el peor pecado que había cometido era portarme mal con mi hermana, y me quedaba tan pancho en pecado mortal.

¡Seguro que tratarme mal era el más grave de tus pecados! Siempre lo supuse. Parece que en un libro como este, donde ocupará mucho espacio la adolescencia y nos comprometemos a estar lo más cerca posible de la verdad, tengo que referirme necesariamente al sexo. No es fácil. Voy a empezar por los aspectos de los que estoy más segura, que considero obvios, lo cual no significa que los demás lo vean así.

Lo cierto es que nunca he podido desligar la sexualidad del amor. O sea que jamás, jamás he gozado del sexo sin estar "perdidamente" (es una palabra que aprendí de Maitena, que me encantó y que le dedico cada vez que la digo) enamorada. Lo que me ha condenado a largos periodos de abstinencia...

[...] Nunca he sido capaz, tampoco, de asociar el sexo con el sentimiento de culpa o de pecado. Siempre me sorprende que califiquen de "amoraless" mis novelas, o que me tachen -muchas veces en tono de elogio- de amoral a mí. ¿Amoral yo?, ¿por qué? Soy en muchas cuestiones casi demasiado estricta, lo cual no supone que mi conducta sea perfecta, sino que me hace sentir culpable cuando no lo es. Y cuando comento o recuerdo lo horrible que fue para mí durante años la confesión, la vergüenza de arrojarme ante un desconocido y acusarme de mis faltas, no pienso en absoluto en problemas sexuales. ¿Qué puede tener de malo que seres humanos adultos y libres utilicen para sus juegos [...] el sexo?

[...] La primera vez -mucho, mucho después, ya te advertí que era lenta- que pasé la noche con alguien fue maravillosa -creo que para las dos-, y yo desperté radiante, caminando a saltos por las calles, riéndome como una idiota, chocando contra los kioscos y cruzando los semáforos en rojo. Y me decía a mí misma que debería sentirme fatal, que debería estar muy, pero que muy avergonzada, que debería arrepentirme. Pero ¿arrepentirme de qué?, si había sido para las dos fantástico y no había sufrido ningún daño nadie.

Lo cierto es que dejamos vivir a mamá los últimos años como ella quería: en su piso de siempre (aunque se citara en alguna ocasión la posibilidad, nunca nos planteamos ingresarla en una residencia), con su perra dackel que le hice traer de Madrid, con dos o tres empleadas que la trataban incluso con afecto, prontas a responder al timbre que las requería día y noche para que le alargaran un libro o unas zapatillas, le aplicaran colonia en la frente, le masajearan una pierna; con un médico (no el de verdad, el que la trataba del Parkinson), salido de no re-

uerdo dónde, que la visitaba un día sí y otro también (para nada, pero a ella le gustaba) y que coló en la casa a un hijo practicante que se suponía hacía con la enferma ejercicios de recuperación.

Nuestra madre perdía el dinero que se empeñaba en tener aunque nosotros lo pagáramos todo, o lo cortaba con tijeras en delgadas tiras; mandaba a la enfermera a vender por las tiendas sus camisones de encaje o las colecciones de sellos de papá, regalaba los abrigos de visón y parte de sus joyas a quien le venía en gana (la masajista se quedó un abrigo, y la alianza de matrimonio fue a parar a una de las chicas que la cuidaban, que me la devolvió más tarde). Nos comportamos muy bien, pues, en estos aspectos formales, y mamá vivió hasta el final haciendo su santísima voluntad. Pero fuimos ambos muy crueles con ella. Dejamos que muriese sola. [...]

[...] Reconozco que soporté pésimamente la decadencia de mamá y que mi alejamiento en los últimos días no tiene excusa. Que aquel ser que me había enamorado se convirtiese en un guiñapo físico e intelectual me superaba. El día que el servicio me hizo saber que no podía contener sus deposiciones, que tenían que recoger del pavimento, me cayó el alma a los pies. El último día que la vi con vida me pidió que me acercara para comunicarme al oído sus últimas palabras. No fueron "Luz, más luz", como Goethe, o "Te he querido mucho", o "Recuérdame con cariño"... fueron: "Vigila, porque creo que el servicio me estafa".

Me pregunto si los dos sentimos el mismo repelús ante la muerte de los seres próximos o queridos -o quizá de cualquier ser humano, pues no parece casual que a mis setenta y tres años [en el momento de escribir hoy, 75] no haya visto morir a nadie-, o si será únicamente cosa mía. Los últimos cinco a seis días de mamá, que me parece que apenas si tenía momentos de lucidez, tú no fuiste a verla, y yo, de viaje en París, no adelanté mi regreso, en primer lugar porque los momentos críticos, cuando las personas que la cuidaban anunciaban su muerte inminente, eran frecuentes, y en segundo lugar porque mi cuñada Victoria se había instalado junto a su cama y no se apartaba de allí.

Llegué de madrugada y subí a comprobar cuál era la situación (vivía justo encima de mí). Me dijo la enfermera que llevaba horas en coma. Me fui, dado que no podía hacer nada ni me iba a reconocer, y un rato después bajaron a comunicarme su muerte. Todo parecía en orden, pero, cuando días más tarde me lo planteé, no lo consideré lógico y justificado, sino monstruoso. ¿Qué podía justificar que, viviendo en la mis-

ma ciudad y sabiendo que se moría, no la visitaras una sola vez? Y ¿qué podía justificar que yo, tras no adelantar mi regreso, subiera a su piso y no me molestara en ir a darle un beso, a tocarla, no asomara siquiera la cabeza para verla cuando podía ser la última oportunidad de hacerlo?

Permitimos que mamá muriera sola, nos desentendimos de su muerte, lo dejamos todo en manos de Victoria (solo muy recientemente me animé a preguntarle si había muerto de muerte natural o si habían provocado su muerte; ¿te lo habías preguntado tú, sabías que, a pesar de que recurrieran a la morfina, no se trataba en absoluto de eutanasia? Me alegró saberlo, pues, aun habiendo desertado de nuestro papel de hijos, opinaba que solo nosotros dos podíamos tomar una decisión tan grave).

La incineramos, se esparcieron las cenizas por tu jardín (ella había pedido que se enterraran al pie de la palmera que te había regalado, pero no nos molestamos en hacer abrir un agujero), y acabó la historia. ✕

TIEMPOS QUE FUERON. DE ESTHER Y OSCAR TUSQUETS, EDITADO POR BRUGUERA. SALE A LA VENTA EL PRÓXIMO MIÉRCOLES.



EN EL MAR. Oscar, con su madre, Guilfermina Guillem, en Playa de Aro (Gerona), en 1954.



LOS HERMANOS. Esther y Oscar, con la hija de este, Valeria, en septiembre de 2009.

